

Ciegos pájaros errantes

Maykel Rafael Paneque



Isla de la Juventud, 2023

—YA CUMPLÍ CON mi parte. Ahora quiero ver el cachorro del tigre.

—¿Vieron?, el Peca tiene palabra. En cualquier momento entra en la pandilla.

—El Cherna tiene razón. Con traer a su hermana se ha ganado un puesto.

—La verdad verdad, La Alunada es más fea de cerca. Espero que valga la pena, Buitre.

—Moco, no te preocupes por eso. ¿Acaso no entiendes a la Madrina?

—¿Entender qué, Buitre?

—Cuando ella dice: niños, la verdadera belleza se lleva dentro.

—Ah, una frase así pone contento hasta al Zambo, ¿no? No me mires con esa cara, Zambo. Suerte que tenemos a la Madrina, ella sabe cosas que nosotros todavía estamos por aprender.

Hace bien el Zambo en no mirar al Buitre sino al Moco.

El Buitre no sabe qué es el buen humor y con facilidad tira patadas a cualquiera, mas si los granos han reventado temprano en su cara, me dijo el Cherna cuando nos vimos para hablar del trato. Justo cuando estamos todos despiertos, Peca, empieza esa picazón que lo pone nervioso y solo la aplaca cuando sus dedos churrosos sorprenden a las espinillas en la frente, en un pómulo o en el cuello, y las uñas empiezan a sacarlas afuera.

Entonces llega el alivio, dijo el Cherna. Uno puede imaginarlo por el bufido largo que suelta el Buitre. Luego empieza a sonreír, se da unas palmaditas en los cachetes, y dice: estoy como nuevo.

La verdad el Buitre parece un niño golpeado. Muy golpeado.

Ahora que sonrío, la mirada no se me va para sus dientes jorobados, sino para los pómulos, la frente y el cuello, donde crecen unas ronchas rojas como si al Buitre lo hubieran picado varias avispas. El Buitre mira al Cherna, luego al Zambo, al Moco y a mí. Por suerte ha dejado a mi hermana afuera, por ahora no la mira.

—¿Y entonces, Peca? ¿Te dan asco?

El Cherna me había alertado: te va a preguntar por sus espinillas, pero tú tranquilo. Mantén la boca cerrada, es lo mejor. Y míralo a los ojos, pero sin enfrentarlo, ¿entiendes? El Buitre desconfía de quienes no lo miran a los ojos. No importa si no lo miran por miedo, él piensa que es porque ocultan algo, y si él piensa eso entonces ya están jodíos, tú y tu hermana, aunque la mantengas lejos.

—Dice la Madrina que no me trastees tanto la cara, que las espinillas son cosas de la pubertad y se irán solas como llegaron. La Madrina no tiene espinillas en la cara, si las tuviera sabría la picazón que dan. Tengo que sacarlas afuera para no volverme loco.

—La Alunada está más gorda desde la última vez que la vimos en el pueblo, ¿verdad, Buitre? A lo mejor la tenían en plan ceba.

—No nos mires así, Peca. El Zambo tiene razón. ¿Esa barriga inflá no serán lombrices?

—¿Lombrices? Claro que no, Buitre.

—El Cherna cagó el otro día una lombriz enorme, toda enroscada. La cogimos para pescar, ¿no es así, Buitre?

—Sí, y levantamos cuatro tilapitas con ella. Peca, ¿a ti no te dan pienso de ceba en la comida que sigues flaco así?

Estos se creen que me dan gracia sus chistes. Entonces viene lo peor, veo a mi hermana garabatear en el diario y me lo da. Mierda. El Cherna me lo advirtió. Recuerda, Peca, ningún movimiento raro. Si el Buitre se huele cualquier cosa rara se jode todo.

—Bueno, ¿y aquí qué sucede ahora? ¿Por qué tu hermana no quiere hablarnos y prefiere esa escribidera, Peca?

—Es verdad, Peca. Nos consta que no es mudita.

Justo lo que pensé: le van a colgar el apodo La Mudita si la ven comunicándose conmigo a través del diario. Mejor que piensen: no habla porque tiene miedo de la pandilla, de esos ojos hambrientos que la miran como si fueran a comérsela. No me escribas nada durante el encuentro, le dije cuando salimos de casa. Pero lo olvidó o los malditos nervios la empujaron. Ahora tendría que convencerlos, principalmente al Buitre, de que no era una ofensa.

—Se llevó un susto que la dejó así. Eso no cuenta ahora, volvamos al trato.

El Buitre dice okey, se limpia las manos en el short y suelta otro bufido. Nos mira por turno, con calma y en silencio. Me pregunto cuánto va a durar el silencio, pero es preferible este silencio a que empiecen a preguntarme cosas de mi hermana que no quiero contestar.

El Buitre se alegra de que lo mire fijo, o eso creo. Ni siquiera se me ocurre retroceder un paso y cerrar los ojos cuando acerca una mano a mi cara. Me pellizca un cachete como si quisiera llevarse dos o tres de mis pecas de recuerdo, se aleja un poco y se acuesta sobre la hierba. El sol encuentra su cara y el Buitre cierra los ojos.

Dicen que ya son como doce sus integrantes, pero solo conozco al Buitre, al Moco, al Cherna y al Zambo.

El Turco no cuenta, no es de ellos.

También está el rumor que no aceptan a cualquiera como miembro. Y quienes han sido aceptados, los primeros días entran al Refugio con una pañoleta escolar vendándoles los ojos. Son muchas las pruebas, dice el Cherna, y pasa bastante tiempo hasta que el nuevo miembro puede ver la entrada de ese lugar apartado donde viven.

Doce metros bajo tierra, eso dicen los rumores. Viven en un lugar oscuro, húmedo y cavernario.

Alguna verdad debe haber en esos rumores porque han llegado al encuentro con tierra en el pelo y la cara un poco tiznada. Como si para verse y hablarse en la oscuridad necesitaran un quinqué, o algo que lance unas lengüetas de fuego que den un poco de claridad y calor a un sitio poroso, subterráneo, un poco asfixiante y siniestro que aventuro con ecos, dibujos en las paredes, enclavado cementerio bien abajo, donde seguro se pierde la vista de tanto mirar y mirar.

Pero no he llegado hasta aquí con mi hermana para ver al Buitre tendido sobre la hierba, con los ojos cerrados, mientras en lo alto del cielo vuelan en círculos unas diez tiñosas. No hemos venido mi hermana y yo, luego de días de indecisiones y encierro, a implorar que nos hagan miembros de una pandilla donde solo aceptan a varones. Hemos llegado aturdidos por una interminable caminata, un tanto hambrientos y desdichados, porque perdimos aquello que llaman familia.

Y también para ver al cachorro del tigre, pero ese es mi sueño.

El de mi hermana es otro. Tan ambicioso como el mío.